

# ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

## DIOS CREADOR

### I. DIOS CREADOR

*En el principio Dios creó los cielos y la tierra. La tierra era caos y vacío, y la oscuridad cubría la superficie del océano. Pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas.*

*Dijo Dios: Haya luz. Y hubo luz. Dios vio que la luz era buena, y separó Dios la luz de la oscuridad. Y Dios llamó a la luz día, y a la oscuridad la llamó noche. Atardeció y amaneció: día uno.*

*Dios dijo: Haya un firmamento en medio de las aguas y haya separación entre unas aguas y otras. Y Dios hizo el firmamento y separó las aguas de debajo del firmamento de las aguas de encima del firmamento. Y así sucedió. Y Dios llamó al firmamento cielos. Atardeció y amaneció: día segundo.*

*Dios dijo: Que se reúnan las aguas de debajo de los cielos en un solo lugar, y aparezca lo seco. Y así sucedió. Y Dios llamó a lo seco tierra, y a la reunión de las aguas la llamó mares. Y Dios vio que estaba bien. Después Dios dijo: Que la tierra germine hierba verde, hierba que produzca semilla, árboles frutales que den fruto según su especie, con semilla dentro, sobre la tierra. Y así sucedió. Y germinó la tierra hierba verde, hierba que produce semilla según su especie, y árboles que dan fruto con semilla dentro, según su especie. Y Dios vio que estaba bien. Atardeció y amaneció: día tercero.*

*Dios dijo: Haya lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche y que sean señales para las estaciones, los días y los años. Y que haya lumbreras en el firmamento de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y así sucedió. Y Dios hizo las dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor para*

*regir el día, y la lumbrera menor para regir la noche, y las estrellas. Y Dios las puso en el firmamento de los cielos para alumbrar la tierra, para regir el día y la noche, y para separar la luz de la oscuridad. Y Dios vio que estaba bien. Atardeció y amaneció: día cuarto*

(Gn 1,1-49).

Estas palabras con las que comienza la Sagrada Escritura me producen siempre la misma impresión que el tañido festivo y lejano de una antigua campana, la cual logra con su belleza y solemnidad conmover mi corazón y permitir adivinar algo del misterio de la eternidad. Para muchos de nosotros, además, va unido a estas palabras el recuerdo de nuestro primer contacto con el libro sagrado de Dios, la Biblia, que se abrió ante nuestros ojos por este pasaje, que nos trasladaba enseguida lejos de nuestro mundo pequeño e infantil, nos cautivaba con su poesía y nos permitía adivinar algo de lo inconmensurable de la Creación y de su Creador.

Y, sin embargo, frente a estas palabras se produce una cierta contradicción; resultan hermosas y familiares, pero ¿son también verdaderas? Todo parece indicar lo contrario, pues la ciencia ha abandonado desde hace ya mucho tiempo estas imágenes que acabamos de oír: la idea de un universo abarcable con la vista en el tiempo y en el espacio y la de una Creación construida pieza a pieza en siete días. En lugar de esto nos encontramos ahora con dimensiones que sobrepasan todo lo imaginable. Se habla de la explosión originaria ocurrida hace muchos miles de millones de años con la que comenzó la expansión del universo que prosigue ininterrumpidamente su curso y nada de que en un orden sucesivo fueran colgados los astros ni creada la tierra, sino que a través de complicados caminos y durante largos períodos de tiempo se han ido formando lentamente la tierra y el universo tal y como nosotros los conocemos.

Entonces, ¿ya no es válido este relato de ahora en adelante? [¿Carecen de valor? ¿No son verdaderos? ¿Qué podemos decir sobre esto?] De hecho, hace algún tiempo, un teólogo dijo que la Creación se había convertido en un concepto irreal y que desde un punto de vista intelectual ya no se debía hablar más de Creación, sino únicamente de mutación y de selección. ¿Son verdaderas aquellas palabras? ¿O acaso ellas junto con toda la palabra de Dios y con toda la tradición bíblica nos hacen retroceder a los sueños de infancia de la historia de la humanidad, sueños de los que quizá sentimos añoranza, pero en cuya búsqueda no podemos ir porque de nostalgia no se vive? ¿Existe también una respuesta positiva que podamos dar en esta época nuestra?

## 1. LA DIFERENCIA ENTRE FORMA Y FONDO EN EL RELATO DE LA CREACIÓN

Precisamente una primera respuesta se elaboró hace ya algún tiempo cuando iba cristalizando la teoría de la formación científica del universo; respuesta que probablemente muchos de ustedes han aprendido en las clases de religión. Dice así:

1. La Biblia no es un tratado científico ni tampoco pretende serlo. Es un libro religioso; no es posible, por lo tanto, extraer de él ningún tipo de dato científico, ni aprender cómo se produjo naturalmente el origen del mundo; únicamente podemos obtener de él un conocimiento religioso.

2. Todo lo demás es imaginación, una manera de hacer comprensible a los hombres lo profundo, lo verdadero.

3. Hay que distinguir, pues, entre la forma de representación y el contenido representado. La forma se escogió de los modos de conocimiento de aquel tiempo, de las imágenes con las que los hombres de entonces vivían, con las que se expresaban y pensaban, con las que eran capaces de entender lo grandioso, lo genuino. Y solamente lo verdadero, que se ilustraba por medio de las imágenes, era lo que en realidad permanecía y se entendía.

4. De manera que la Escritura no pretende contarnos cómo progresivamente se fueron originando las diferentes plantas, ni cómo se formaron el sol, la luna y las estrellas, sino que en último extremo quiere decirnos solo una cosa: Dios ha creado el universo. El mundo no es, como creían los hombres de aquel tiempo, un laberinto de fuerzas contrapuestas ni la morada de poderes demoníacos, de los que el hombre debe protegerse. El sol y la luna no son divinidades que lo dominan, ni el cielo, superior a nosotros, está habitado por misteriosas y contrapuestas divinidades, sino que todo esto procede únicamente de una fuerza, de la Razón eterna de Dios que en la Palabra se ha transformado en fuerza creadora. Todo procede de la Palabra de Dios, la misma Palabra que encontramos en el acontecimiento de la fe. Y así no solo los hombres, al conocer que el universo procede de la Palabra, perdieron la angustia ante los dioses y demonios, sino que también el universo quedó liberado por la razón que se eleva hacia Dios. De esta forma, el hombre se abrió saliendo sin temor al encuentro de este Dios. Esta narración le permitió conocer, dejando a un lado el mundo de los dioses y de las fuerzas misteriosas, la verdadera explicación: que solo una fuerza «está al final de todo y nosotros en sus manos»: el Dios vivo, y que esta misma fuerza que ha creado la tierra y las estrellas, la misma que contiene el universo entero, es la que encontramos en la Palabra de la Sagrada Escritura. En esa Palabra palpamos la auténtica fuerza originaria del universo, el verdadero Poder sobre todo poder<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Una buena exposición de esta interpretación del relato del Génesis se encuentra, por ejemplo, en M. SCHMAUS, *Katholische Dogmatik II* (München, 1949), 30-39; incluye además extensas notas bibliográficas.

Creo que esta interpretación es correcta, pero no suficiente. Pues si se nos ha dicho que tenemos que distinguir entre las imágenes y el concepto, podríamos entonces replicar: ¿por qué no se nos ha dicho esto antes? Porque, evidentemente, si antes se hubiera entendido así, no habría tenido lugar el proceso de Galileo. Y de esta manera se acrecienta la sospecha de que, al fin y al cabo, quizá esta explicación no sea más que un truco de la Iglesia y de los teólogos que, en realidad, se han quedado sin argumentos y, por no querer reconocerlo, buscan un escondite tras el cual atrincherarse. En resumen, da la impresión de que la historia del cristianismo a lo largo de los últimos 400 años no ha sido más que un continuo batirse en retirada, durante la cual han sido arrancadas una por una todas las afirmaciones de la fe y de la teología. Desde luego, siempre se ha encontrado algún truco para poderse replegar. Pero es prácticamente inevitable el miedo de que poco a poco hemos sido empujados al vacío y de que llegará un momento en que ya no haya nada que defender ni camuflar; y en el que todo el terreno de la Escritura y de la fe será ocupado por el convencimiento racionalista de que todo esto no se puede ya tomar en serio. A esto se une también otro aspecto incómodo. Uno puede preguntarse lo siguiente: si los teólogos e incluso también la Iglesia pueden así mover los límites entre imagen y mensaje, entre lo que se hunde en el pasado y lo que todavía es válido, ¿por qué no hacerlo también en otros casos, por ejemplo con los milagros de Jesús, quizás, y también por qué no con el punto central, es decir, con la cruz y con la resurrección del Señor? Una maniobra que pretenda defender la fe diciendo: detrás de lo que ahí está y de lo que nosotros no podemos ya defender, se encuentra precisamente lo más verdadero, lleva a menudo directamente a una impugnación de la fe, porque entonces uno se cuestiona tanto la honestidad del intérprete como si, en realidad, existe algo sólido y permanente. A causa de tales procedimientos teológicos, muchos tienen la impresión de que la fe de la Iglesia es como una medusa que no se puede agarrar por ningún lado y que no permite encontrar el núcleo en el cual uno puede finalmente agarrarse. De estas poco decididas interpretaciones de la palabra bíblica, que más parecen una escapatoria que una explicación, surge un cristianismo enfermo, que ya no tiene la valentía de ser él mismo y que por eso no puede irradiar valor ni entusiasmo. Más bien da la impresión de ser una asociación que continúa hablando aunque ya no tenga propiamente nada que decir, porque las palabras rebuscadas no se proponen convencer, sino que tratan solamente de esconder su derrota.

## 2. LA UNIDAD DE LA BIBLIA COMO CRITERIO DE INTERPRETACIÓN

Ahora una vez más debemos preguntarnos: la diferencia entre imagen y verdadero mensaje, ¿es solo un pretexto porque no podemos atenernos literalmente al texto, pero sin embargo queremos continuar haciéndolo? O, ¿existen medios en la misma Biblia, que nos

enseñan tales caminos, es decir, que certifican también en ella misma esta diferencia? ¿Presenta la Biblia claramente ante nosotros indicaciones de esta clase, y la fe de la Iglesia ha sabido de su existencia y las ha reconocido también en otros tiempos?

¡Con esta pregunta volvamos de nuevo a la Sagrada Escritura! Allí podemos apreciar, en primer lugar, que el relato de la Creación contenido en el primer capítulo del Génesis, que hemos oído, no está ahí como un bloque errático, terminado y cerrado en sí mismo [“Un bloque errático”. Imaginaos un iceberg a la deriva en medio del océano: el relato de la creación no es así como un bloque aislado que encontramos en medio de la Escritura sin conexión con otros textos, al contrario]. Al fin y al cabo la Sagrada Escritura no es como una novela o un simple manual, escritos de un tirón desde el principio hasta el final; es más bien el eco de la historia de Dios con su pueblo. Es el resultado de las luchas y los caminos de esta historia; recorriéndolos, podemos conocer los auges y decadencias, los sufrimientos, las esperanzas, la grandeza y de nuevo la flaqueza de esta historia. La Biblia es, pues, expresión del empeño de Dios por hacerse progresivamente comprensible al hombre; pero es al mismo tiempo expresión del esfuerzo humano por comprender progresivamente a Dios. De manera que el tema de la Creación no aparece solo una vez, sino que acompaña a Israel a lo largo de su historia; en efecto, todo el Antiguo Testamento es un caminar en compañía de la Palabra de Dios. A lo largo de este caminar se ha ido conformando, paso a paso, la auténtica expresión de la Biblia. De ahí que nosotros solo podamos reconocer en la totalidad de ese camino su verdadera dirección.

Como un camino, el Antiguo y el Nuevo Testamento forman una unidad. Para los cristianos el Antiguo Testamento se presenta, en sustancia, como un avanzar hacia Cristo. Precisamente, en cuanto camino hacia Cristo, solo al alcanzarle a él se ve claro lo que significaba cada uno de sus pasos, solo al alcanzar a Cristo se hace evidente lo que propiamente quería decir. De modo que cada parte recibe su sentido del conjunto, y este lo recibe de su meta final, de Cristo. Y nosotros, desde un punto de vista teológico, solo interpretamos correctamente un texto concreto –así lo vieron los Padres de la Iglesia y la fe de la Iglesia de todas las épocas–, cuando lo consideramos como parte de un camino que va hacia delante, es decir, cuando reconocemos en él la dirección interior de este camino<sup>2</sup>.

¿Qué significado tiene entonces esta consideración para comprender la narración de la Creación? En primer lugar, debe constatarse que Israel siempre ha creído en Dios Creador y en esa creencia coincide con todas las grandes culturas de la Antigüedad. Pues, incluso en medio del oscurecimiento del monoteísmo, todas las grandes culturas han conocido siempre

---

<sup>2</sup> Para esto y lo siguiente, cfr. especialmente CL. WESTERMANN, *Genesis I* (Neukirchener Verlag, 1974), 1-103; para una lectura de la Biblia a partir de la unidad de las historias contenidas en ella, especialmente H. GESE, *Zur biblischen Theologie. Alttestamentliche Vorträge*, (München, 1977), 9-30.

a un Creador del cielo y de la tierra, en una sorprendente coincidencia también entre civilizaciones que nunca pudieron externamente tener puntos de contacto. Esta coincidencia nos permite atisbar el contacto, profundísimo y nunca perdido del todo, de la humanidad con la verdad de Dios [El contacto del hombre con Dios nunca perdido del todo por la fuerza de la razón, que es capaz de rastrear a través de las cosas creadas, el rastro del Creador]. En Israel mismo, el tema de la Creación ha experimentado muy diversas situaciones. Nunca ha estado del todo ausente, pero tampoco ha tenido siempre la misma importancia. Hubo períodos de tiempo en los que Israel estaba tan ocupado con los sufrimientos o esperanzas de su historia, tan pendiente de su actualidad inmediata que apenas sentía la necesidad de dirigir su atención a la Creación, apenas era capaz de hacerlo. El auténtico gran momento, en el que la Creación se convirtió en el tema dominante, fue el exilio babilónico. En esa época fue también cuando el relato, que acabamos de oír, basado desde luego en una tradición muy antigua, adquirió su forma propia y actual. Israel había perdido su tierra, su Templo. Para la mentalidad de entonces, estos sucesos eran algo inconcebible, pues significaba que el Dios de Israel había sido vencido, un Dios al que habían podido serle arrebatados su pueblo, su tierra, sus adoradores. Un Dios, incapaz de proteger su culto y a sus adoradores, era entonces considerado un dios débil, totalmente inútil. En cuanto divinidad había sido rechazada. De manera que la expulsión de su tierra y la desaparición de este pueblo del mapa fue para Israel una tremenda prueba de fe: entonces, ¿ha sido vencido nuestro Dios?, ¿nuestra fe es vana?

En ese momento, los profetas abrieron una nueva página y aprendió Israel, precisamente entonces, que se le mostraba el verdadero rostro de su Dios, que no estaba atado a aquella parcela de tierra que había perdido. Nunca lo había estado. Dios había prometido ese trozo de tierra a Abraham antes de que él tuviera allí su casa. Había sido capaz de sacar a su pueblo de Egipto. Ambas cosas había podido hacerlas porque no era Dios de una tierra, sino que dominaba sobre el cielo y la tierra. Y por eso ahora podía desterrar a otro país a su pueblo infiel para allí manifestarse. Se hizo comprensible entonces que este Dios de Israel no era un Dios como los demás dioses, sino el Dios que dominaba sobre todos los países y todos los pueblos. Y esto lo podía Él, porque Él mismo había creado todo: el cielo y la tierra. En el destierro, en la aparente derrota de Israel, se abrió el camino para el reconocimiento del Dios, que tiene en sus manos a todos los pueblos y toda su historia; del Dios que todo lo gobierna [que todo lo sostiene y lo conduce], porque es el Creador de todo, en quien está todo el poder.

Esta fe tenía que encontrar su propia expresión en medio de la tentación, precisamente frente a la aparentemente victoriosa religión de Babilonia, que expresaba su creencia en grandiosas liturgias, como la liturgia del año nuevo, que era una liturgia cuyo contenido era

la creación, con el gran relato babilónico de *Enuma Elish* («Cuando en lo alto»), que a su manera describe el origen del universo. Este relato decía que el mundo se originó de una lucha entre fuerzas enfrentadas y que encontró su auténtica forma cuando apareció el dios de la luz, Marduk, y partió el cuerpo del dragón originario. De este cuerpo roto habían surgido el cielo y la tierra. Los dos juntos, el firmamento y la tierra, habrían salido, pues, del cuerpo del dragón muerto; y de su sangre había creado Marduk a los hombres. Es una imagen inquietante del universo y del hombre la que encontramos aquí: el universo es en realidad el cuerpo de un dragón, y el hombre lleva en sí sangre de dragón. En la base del universo acecha lo inquietante, y en lo más profundo del hombre se encuentra la rebelión, lo demoníaco y la maldad. Según esta representación solo el representante de Marduk, el dictador, el rey de Babilonia, puede vencer lo demoníaco y poner en orden el universo<sup>3</sup>.

Estas representaciones no son, sin embargo, pura fabulación: dejan traslucir las inquietantes experiencias del hombre con el universo y consigo mismo. Pues a menudo parece como si el mundo fuera realmente la morada de un dragón y la sangre del hombre, sangre de dragón. Pero frente a todas estas experiencias oprimentes, el relato de la Sagrada Escritura dice: no ha sido así. Toda esta historia de las fuerzas inquietantes se diluye en esta pequeña frase: «la tierra estaba desierta y vacía». En las palabras hebreas aquí utilizadas, se esconden aún las expresiones que habían nombrado al dragón, a la fuerza demoníaca. Solo que aquí es la nada frente a Dios, que es el único poderoso. Y frente a nuestros miedos ante estas fuerzas demoníacas se nos dice: solo Dios, la eterna Sabiduría que es el eterno Amor, ha creado el universo, y está en sus manos.

Ahora se comprende la lucha que se esconde detrás de este pasaje bíblico: una lucha con la que desecha todos aquellos complejos mitos y reconduce el universo a la Sabiduría de Dios y a la Palabra de Dios. Esto se podría mostrar afirmación por afirmación en este texto; por ejemplo, cuando el sol y la luna son designados como astros que Dios cuelga en el cielo para medir los tiempos. A los hombres de entonces debía parecerles un enorme sacrilegio caracterizar las grandes divinidades, que eran el sol y la luna, como astros para la medida del tiempo. Es la osadía y la sobriedad de la fe la que, luchando con los mitos paganos, pone de manifiesto la luz de la verdad, al enseñarnos que el universo no es el campo de lucha de demonios, sino que procede de la razón, de la Razón de Dios, que es la Palabra de Dios quien lo sostiene.

Así, este relato de la Creación resulta ser como la «Ilustración» decisiva de la historia, la liberación de los miedos que habían atenazado a los hombres. Significa la liberación del universo por la razón, el reconocimiento de su racionalidad y de su libertad **[no es un lugar**

---

<sup>3</sup> El texto de *Enuma Elish* puede encontrarse, por ejemplo, en CL. SCHEDL, *Geschichte des Alten Testaments I* (Innsbruck, 1956), 52-61.



donde juegan fuerzas caprichosas e impredecibles, sino un espacio ordenado por las leyes de la razón, y por tanto, con autonomía, un espacio donde es posible la libertad]. Pero este relato también resulta ser la verdadera Ilustración porque sitúa la razón humana en el fundamento originario de la Razón creadora de Dios, para basarla así en la verdad y en el amor [Logos: verdad y amor], ya que sin esta Ilustración sería desmesurada y en última instancia necia [Solo si la razón humana tiene su principio en la Razón (Logos) que ha dado orden (logos) a todo, puede entonces abrirse a las cosas sin miedo para reconocer en esas cosas los caminos de la verdad, dejados allí por el Logos creador. Si la razón del hombre no tuviese su principio en el Logos creador, o si el mundo no hubiese sido ordenado por el Logos creador, la razón del hombre se abriría al mundo sin esperanza alguna de encontrar verdad, sería un intento abocado al fracaso].

Todavía hemos de tomar algo más en consideración. Acabo de decir precisamente que Israel aprende poco a poco lo que es la Creación, enfrentado al ambiente pagano, en lucha con su corazón. Esto presupone que el relato clásico de la Creación no es el único texto, relativo a ella, del Libro Sagrado. Inmediatamente detrás le sigue otro, redactado antes, con otras imágenes. En los Salmos tenemos de nuevo otros, y tras ellos continúa el empeño por clarificar la creencia en la Creación: tras el encuentro con el mundo griego se replantea el tema en la literatura sapiencial sin mantenerse ligado a las antiguas imágenes -como los siete días, etc.-. En la Biblia misma podemos ver cómo las imágenes se van transformando a medida que avanza el pensamiento. Y se transforman para dar en cada momento testimonio de una sola cosa, que es la que verdaderamente le ha llegado de la Palabra de Dios: el mensaje de su Creación. En la Biblia, pues, las imágenes son libres, se corrigen continuamente, dejando traslucir en este lento y combativo avance que solo son eso, imágenes que descubren algo más profundo y grandioso.

### 3. EL CRITERIO CRISTOLÓGICO

Algo más decisivo debemos tomar aún en consideración: con el Antiguo Testamento el camino no ha llegado a su fin. Lo que aborda la literatura sapiencial es el último puente de un largo camino, el puente que nos conduce al mensaje de Jesucristo, a la Nueva Alianza. Precisamente aquí encontramos el relato definitivo y normativo de la Creación de la Sagrada Escritura. Dice así: «En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.» (Jn 1,1-3). Juan, muy conscientemente, ha retomado aquí las palabras con las que comienza la Biblia y ha leído de nuevo el relato de la Creación a partir de Cristo para



contar, otra vez y definitivamente, por medio de las imágenes, cuál es la Palabra con la que Dios quiere conmover nuestro corazón.

Una cosa aparece con claridad: que nosotros, los cristianos, leemos el Antiguo Testamento no en sí mismo y por sí mismo; lo leemos siempre con Él y por Él. De ahí que no tengamos que cumplir la ley de Moisés, ni las prescripciones de pureza ni los preceptos sobre los alimentos ni todo lo demás, sin que por eso la palabra bíblica se haya quedado vacía de sentido ni de contenido. Porque no leemos todo esto como algo que estaba en sí mismo terminado y cerrado, sino a la luz de Aquel, en la compañía de Aquel, en el que todo se ha cumplido y en el que todo cobra su auténtico valor y verdad. También el relato de la Creación lo leemos de la misma manera. Por eso, leemos con Cristo, no solo la Ley, sino también y por Él sabemos –por Él y no por un artificio inventado posteriormente– lo que Dios a través de los siglos ha querido imprimir progresivamente en el alma y en el corazón del hombre. Cristo nos libera de la esclavitud de la letra y nos devuelve de nuevo la verdad de las imágenes.

También la Iglesia Antigua y la de la Edad Media sabían que la Biblia es un todo y que la oímos verdaderamente cuando la oímos desde Cristo: desde la libertad que Él nos ha dado y desde la profundidad por la que Él nos hace evidente lo que permanece a través de las imágenes, el cimiento firme sobre el que en todo momento podemos mantenernos seguros. Fue al comienzo de la Edad Moderna cuando se fue olvidando poco a poco esta dinámica, la unidad viva de la Escritura que solamente podemos entender en la libertad que Él nos da y en la certeza que proviene de esta libertad. La mentalidad histórica, que entonces emergía, quería leer cada pasaje solo en sí mismo, en su desnuda literalidad. Buscaba solo la explicación precisa de lo particular y olvidaba la Biblia como un todo. Se leían –en una palabra– los textos ya no hacia adelante sino hacia atrás, es decir, no ya hacia Cristo, sino desde su supuesto origen. Ya no se quería conocer lo que un pasaje decía o lo que una cosa era a partir de su forma plenamente terminada, sino a partir de su comienzo, de su origen.

A causa de este forma de aislar cada pequeño texto del conjunto de la Escritura, de esta atención exclusiva a la literalidad de lo particular, que contradice toda la esencia interna del texto bíblico, y que se tuvo como la única forma válida y científica, se originó aquel conflicto entre ciencia y teología, que aún hoy perdura como una carga para la fe.

Esto no debió nunca producirse, porque la fe era, desde el comienzo, más grande, más amplia y más profunda. La creencia en la Creación no es hoy tampoco irreal, es hoy también racional. Es, contemplada incluso a partir de los resultados científicos, como la «mejor hipótesis», la que aclara más y mejor que todas las demás teorías. La fe es racional. La razón de la Creación procede de la Razón de Dios: no existe, en realidad, ninguna otra respuesta convincente. Todavía hoy es válido lo que el pagano Aristóteles, 400 años antes de Cristo,

dijo frente a quienes afirmaban que todo se había originado por casualidad *-ek t'automatou-*; lo decía, aunque él mismo no conocía la fe en la Creación<sup>4</sup>.

La razón del universo nos permite reconocer la Razón de Dios, y la Biblia es y continúa siendo la verdadera «Ilustración», la que ha entregado el universo a la razón del hombre y no a su explotación por el hombre, porque la razón lo abrió a la verdad y al amor de Dios. Por eso, no necesitamos tampoco hoy esconder la creencia en la Creación. No podemos permitirnos esconderla. Pues solo si el universo procede de la libertad, del amor y de la razón, solo si estas son las fuerzas propiamente dominantes, podemos confiar unos en otros, encaminarnos al futuro y vivir como hombres. Solo porque Dios es el Creador de todas las cosas, es su Señor, y solamente por eso, podemos orarle [porque somos obra suya, no algo ajeno a él, a su querer y a su razón]. Y esto significa que la libertad y el amor no son ideas impotentes, sino las fuerzas fundamentales de la realidad.

Por eso, también hoy en agradecimiento y con alegría podemos y queremos hacer la profesión de fe de la Iglesia: «Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra».

Amén.

---

<sup>4</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Metaphysik* Z 7, ed. Academia Regia Borussica, nueva impresión Darmstadt, 1960, pág. 1.032.